Urso Silva López * Fernando Ramírez * Gaspar Aguilera * Gustavo Chávez * Laura y josé * Algunas de las ediciones de ***jitanjáfora*** impresas en Morevallado de Don Urso * En el centro, la esclinata y corredor superios del Museo Michoacano, la Fuente de las margaritas náuticas en el patio, el zaguán de acceso y al fondo la cosabida Calle Allende...

[F R A G M E N T O]

... En la Facultad, con Pablo y Miguel nos dirigimos a dos personajes misteriosos que, era evidente, urgaban señales distantes y urdían elevados vuelos, leales a lo aquilino-nominal de sus apellidos: Uno era Fernando Ramírez Aguilar, el otro Gaspar Aguilera Díaz. Ambos, referidos en textos publicados que mencionaré, avanzaban por los caminos de la literatura; sobre todo Fernando que había publicado ya el poemario *La claridad silenciosa*, 1968; *Incursión en el tiempo*, 1969 (con Ulises Tavera y Heriberto Gutiérrez), tenía preparada la edición de *Cementerio de luz*, 1971 (también con Ulises Tavera) y pronto vendría su *Recuento de cenizas*, 1973. Fernando era, a más de poeta –vanguardista en el medio–, inventor, impresor, diseñador, tipógrafo innovador, e investigador de los arcanos versátiles que se le presentaran (poéticos, arqueologicos, étnicos, icónicos, alquímicos, lingüísticos, magnéticos, fotoeléctricos, mecánicos y los referidos a 'la posible vida en otros planetas'. Era, con más, el que mejor estaba preparado para realizarse en la vida; digno y exigente, demandaba impartir clases en San Nicolás para 'desplazar a tantos improvisados que impartían literatura sin haber leído un libro en sus vidas, ni mucho menos haber publicado obra alguna'. Emprendedor, entraba a las imprentas para levantar las letras de sus poemas y diagramaba en la imaginación su anhelada casa editora; curioso, recorría mercados populosos y las librerías de viejo, regionales y de la Ciudad de México, para recabar obras originales, objetos ópticos, fragmentos de artefactos sugestivos o residuos de cualquier cosa que le insinuara *algo* a las inquietudes que traía o le inspiraran otras. Hablaba con los mayores, iguales o menores, los rebatía. Siempre discutía. Se enemistó con muchos por su aparente insofocable impertinencia, por su testarudez y necedad ofensivas. En realidad, suministraba a su manera atroz, para los demás, sus claros valores relativos a la equidad, lo verdadero y lo justo; le escatimaban su talentosa inteligencia, su ingenio desmedido, y el don de la generosidad solidaria que aprendió a ejercer desde su humilde orígen, desde la trayectoria de su difícil afirmación y desde el orgullo de ganarse honestamente por sí mismo la vida... Pero no se crean del todo lo anterior, Fernando era un cronopio lúdico espontaneo; lo atinado de su humor era la mejor de sus aptitudes coloquiales y podía dictar ocho horas la misma clase sin repetir argumentos, siempre divertidos para sus alumnos. Gracias a Fernando, quien efectivamente entró a dar clases a San Nicolás, logramos también emplearnos de profesores Gaspar y quien escribe (yo en octubre de 1973, Gaspar al año siguiente). Un día les platicaré las ocurrencias fernandianas abundantes. Hoy sólo puedo ratificarles que después del estrujante «Testamento» de *Pito Pérez* (que Fernando me leyó por vez primera), su escrito «Don Salvador Reyes Hurtado: El Último Bizarro» que le dedicó Fernando al despedir a su Amigo y Maestro Don Chava, son a la par, los testimonios a la posteridad que trascienden lo elegíaco más logrado de la literatura nuestra, y serán resguardado como muestras del patrimonio humano de todas las culturas... La mejor y más completa obra que Raúl Arreola Cortés realizó sobre la literatura michoacana en el tiempo, culmina con los poemas y el nombre de Fernando: *La poesía en Michoacán. Desde la época prehispánica hasta nuestros días*. (Fimax Publicistas, Morelia, 1979).

En la Facultad, entonces, también coincidimos con Gaspar. Durante muchos años y homenajes he escrito sobre mi hermanito poeta mayor, pero desde luego, con la ineficacia que me caracteriza. Siempre estoy con el propósito de editar su *Poesía reunida*, el estudio sobre su intensa y larga obra y su biografía exhaustiva. En tanto, los remito al *Diccionario de autores michoacanos* en donde están Fernando y Gaspar con sus entradas, y esparcidos en el archipiélago de nuestra literatura.

Con ellos, en 1971, inicié mis trabajos de creación. Llegó un ratito después, descendiendo del espíritu, Gustavo Chávez Castillo. La tarea editororial de revistas, antologías y libros la había iniciado Fernando. Con la revista *Kuerani /Cración* (1972) impulsada por el maestro Salvador Próspero, diseñada e impresa bajo el cuidado de Fernando, comencé a aprender porque él me enseñó, los indicios de las artes gráficas que transformaron totalmente mi rudimentaria fascinación por los impresos. Una día Patricia Magaña, que siempre estuvo por doquier, me enfrentó en la Fuente de las margaritas náuticas que rehileteaba en el patio del Museo, a *La Espárrago*, Laura Eugenia Solís Chávez que, claro, vivía entonces con todo y su corazón por la Calle Allende, en el que me domicilié subyugado desde hace medio siglo.

*Tolle Lege*, la locución latina gravada en el libro de cantera en la cúspide del Colegio, que captamos quienes acudimos por vez primera a su sede y nos trasciende como un signo permanente en la frente, la había observado ya, intrigante, en el emblema de una reconocida casa editora. Encontrarla *impresa en la piedra* allí me mostró la señal cabal de mi destino, el de la *prueba de galera* excedida de erratas que corregimos y corregimos y volvemos a enmendar, pero que reiciden en aparecer imprevisibles como chaneques evasivos, sin alcanzar jamás la *prueba fina* definitiva, la *Flor azul* y dorada de la Utopía, que diría Cortazar en su *Morelliana, siempre*, inclaudicables buscamos que nos guíe «hacia la apertura que espera y reclama»